

solamente el que la noción de secreto está ligada íntimamente a la de *complicidad*, cuyo carácter eminentemente dinámico apenas si hay que mencionar. Si bien es cierto que la disminución de valor implicada verosímelmente por el carácter no abierto, no publicable de las relaciones de clientela (entendidas en el sentido restringido aquí de relaciones cliente-comerciante-cliente y no en el sentido lato que comprende también las relaciones entre los clientes de un mismo comerciante), nos parece ampliamente compensado por el valor eminentemente con vistas a la ruptura del aislamiento, de la complejidad que, sin decir palabra, liga a las personas en cuestión.

Otro grupo de ocasiones de ruptura del aislamiento supuesto debe examinarse también aquí. Se trata, también en estos casos, de comportamientos sociales, de prácticas sociales situadas fuera de grupos establecidos, estructurados y permanentes. A diferencia del primer grupo que acabamos de estudiar, sin embargo, las ocasiones que presentamos ahora no participan —por una parte— del complejo del secreto y de la complicidad y —por otra parte—, no tomando su punto de partida en un grupo —lo cual sería contradictorio con la finalidad de nuestra investigación y supondría liquidado el aislamiento supuesto—, establecimiento *de facto* de relaciones ciertamente inestables, pero que pueden recibir, por lo menos momentáneamente, una cierta estructuración —aunque débil—, una estructuración embrionaria. Pasaremos así, con este segundo grupo de ocasiones de ruptura del aislamiento, a un grado más elevado pero eventualmente menos extendido, más raro quizás —aun cuando esto esté por probarse—, y pasaremos a un grado en todo caso menos fatal en el arrastre que lleva a salir del aislamiento.

Se han hecho observaciones de familias de origen popular a las que no liga ningún vínculo profesional, a las que ninguna relación religiosa liga, por ejemplo, las cuales viven aisladas unas de otras, habitando en ocasiones, pero no necesariamente y en la mayoría de las ocasiones en forma más bien rara, el mismo inmueble, familias cuyo único vínculo fortuito consiste en la presencia de niños de la misma edad, que se encuentran en la misma escuela maternal.¹² Se trata siempre de familias que habitan la zona límite de los cuarteles xvii y xiii de París (el primero en su porción popular) y en su parte periférica. Se ha establecido, en cuanto se puede, que estas familias, y especialmente estas madres de familia no se visitan o frecuentan, no se conocen con anterioridad a los hechos que sirven de base para estas notas, colocándose, por tanto, en un sistema de aislamiento, y aislamiento eventualmente agravado por el hecho

¹² Los niños son admitidos en la escuela maternal en Francia desde la edad de 3 años, y pueden permanecer ahí hasta su ingreso a la escuela elemental, o sea, en general, a los 6 o 7 años; no se trata de un jardín de niños, habitualmente de paga.

de que, en conjunto, estas mujeres no trabajan fuera de sus hogares. Y, a menudo, madres jóvenes y mujeres jóvenes se encuentran desde hace poco, con frecuencia, en el cuartel que habitan.

Cada año, al salir de la escuela al terminar la mañana, al final del mediodía, se reproduce el mismo esquema. Durante una *primera fase*, inmediatamente consecutiva al reingreso a clases, cada madre de familia va a buscar a su hijo, o, en ocasiones, a sus hijos. Hay, a la salida de la escuela, aproximadamente el mismo número de padres que esperan y de hijos a quienes se espera y los reagrupamientos que se realizan en esta primera fase y que tienden al acompañamiento de los niños no son de los que aquí nos interesan, puesto que son fruto de antiguo conocimiento personal, de antiguas relaciones, anteriores al ingreso del niño a la escuela maternal. Una *segunda fase* aparece cuando el número de madres que esperan a sus hijos a la salida, disminuye más o menos sensiblemente; varios niños, que no tienen entre sí vínculos de parentesco y que no han establecido por sí mismos, en el marco de los acercamientos infantiles, vínculos personales susceptibles de crear vínculos entre sus madres —si esto no es raro—, son llevados a su casa por la misma mujer, la cual cambia o todos los días o a intervalos regulares, o según que se trate de la salida de la mañana o de la de la tarde; de todos modos, el número de las mujeres que llevan niños es relativamente restringido para un mismo número de niños, de 4 a 6. En esta segunda fase, no parece haber sino un entendimiento más o menos empírico y eventualmente accidental, sin que previamente estén advertidas ni la Dirección de la Escuela ni las Instituciones. Parece que puede establecerse una *tercera fase* que se inicia cuando la Dirección de la Escuela o las Instituciones reciben advertencia, ya oral o ya escrita, del orden en que habrá que confiar tal reagrupamiento de niños a tal mujer, a una o a otra, según un ritmo más o menos rápido de re-iniciación de la lista y también de acuerdo con una frecuencia en la presencia de una misma, de unas mismas mujeres, de tal o cual madre. Precisemos el que incluso en esta última fase no hay ahí ningún papel de la Dirección de la Escuela o de las Instituciones que tienda a estructurar esta rotación.

Nos encontramos ahí frente a madres de familia aisladas inicialmente, puesto que no se conocían antes de que entraran sus hijos a la escuela; puesto que no habitaban en el mismo inmueble; puesto que a menudo habitan el barrio desde hace relativamente poco. Y, por tanto, estamos frente a una forma de aislamiento no total, evidentemente, puesto que las mujeres tienen verosímelmente (en el marco del inmueble de habitación o en el marco del trabajo profesional de sus maridos, o en algún otro marco establecido con anterioridad a la entrada a la escuela de sus hijos) otras relaciones. Pero aislamiento total

en cuanto al trabajo de vigilancia y acompañamiento de sus hijos a la Escuela, de un aislamiento que presenta los mismos caracteres, sea el del ama de casa recién instalada en un barrio y que debe, por primera vez, hacer sus compras con el comerciante o que tiene la obligación de acompañar a sus hijos pequeños en las calles de intenso tránsito y que presentan peligro; obligación tan clara y regular como la que representa para el ama de casa ir a hacer sus compras con vistas a la preparación de la comida familiar. Y estamos frente a un resultado comparable: la creación de relaciones utilitarias regulares en el seno de las cuales no dejan de aparecer matizaciones afectivas que determinan la constitución de re-agrupamientos de "mujeres-del-barrio o de-la-misma-calle-que-tienen-un-niño-en-la-escuela-maternal-de-la-calle-XYZ". No hay ahí, en la segunda fase, ningún otro elemento determinante sino la situación de la Escuela y la presencia en esta escuela de un cierto número de niños. Entre la segunda y la tercera fase es eventualmente el elemento afectivo el que interviene, el cual hará que se elimine de la futura combinación estabilizada, tal o cual persona, o bien hará, por el contrario, el que en esta combinación se introduzca tal o cual persona distinta, haciéndose esta eliminación o este complemento teniendo en consideración tanto los entendimientos como los posibles mal-entendimientos de los niños y asimismo tanto las simpatías como las antipatías de las madres mismas. Hasta ahí, no nos encontramos frente a re-agrupamientos que sean sensiblemente diferentes de aquellos que hemos examinado en el marco de relaciones de clientela. Las diferencias son, sin embargo, bastante numerosas, sin que liquiden la posibilidad de ruptura del aislamiento.

Primera diferencia: ningún personaje central *aparente* por lo menos, en la forma en que era central el comerciante (eventualmente tendremos que volver sobre esto de la presencia o ausencia de tal personaje central). Segunda diferencia: falta de toda clandestinidad, de todo secreto, de toda complicidad. A cada una de estas madres le es lícito el publicar este re-agrupamiento. Pero la diferencia fundamental, fuera de semejanzas fundamentales también, sobre las que volveremos más tarde, consiste en la aparición de una tercera fase, de la *tercera fase* que ya hemos señalado y que postula la *constitución* de un grupo más o menos estable, ciertamente efímero, pero ya semi-estructurado, aun cuando no sea sino por la comunicación hecha a la Dirección de la Escuela o a las Institutrices, de la lista de determinadas madres que deberán ir a buscar a ciertos niños a determinadas horas y en días determinados. Grupo más o menos estable puesto que su constitución interna es susceptible de cambios en el curso mismo del año o como consecuencia de acuerdos o desacuerdos, entendimientos o faltas de entendimiento entre las madres o entre los niños, o bien por el hecho de que tal o cual niño mayor en unos meses con respecto a los restantes

regresara eventualmente solo a su casa; efímero porque, de todos modos, no durará más de un año escolar, operándose otros re-agrupamientos. Pero, ya estructurado, según dijimos, porque habrá habido necesidad de un entendimiento previo y, por lo tanto, de conversaciones, de discusiones, de contactos para establecer la lista de que hemos hablado, contactos que habrán suscitado otros en otros planos distintos del del acompañamiento de los niños, siendo también probable, sobre todo, el que las nociones de tiempo y de espacio habrán entrado como cimiento en la función, y habrán intervenido como una de las bases objetivas de la constitución del re-agrupamiento.

Aún deben de hacerse tres anotaciones. La primera consiste en que, en la constitución del grupo —léase en el primer re-agrupamiento nacido a la puerta de la Escuela en los momentos de espera de las primeras salidas— ha entrado el sentimiento de confianza intuitiva, más o menos instintiva que hará que se aproximen entre sí y hablen tales y cuales mujeres y no otras diferentes; este sentimiento de confianza lo hemos encontrado ya en los re-agrupamientos nacidos en el marco de la clientela. La segunda anotación consiste en que a la confianza la va a suceder, entre estas mujeres, un conjunto de confidencias. La tercera, en que no es cierto o seguro que aparezca una especie de personaje central en el momento de la cuasi estructuración del re-agrupamiento en grupo inestable y efímero, personaje central que será: o aquella de entre ellas que haya sido la primera en pensar en comunicar la lista a la Escuela, o aquella que la escribió, o aquella que la comunicó a la Escuela, o aquella que apaciguó los primeros conflictos inevitables nacidos al establecerse ritmos y frecuencias y días y horas de acompañamiento de los niños. De todos modos, ahí aparece también un personaje central.

Puede verse la forma en que, en el fondo, es fácil en la gran aglomeración urbana esta segunda forma de re-agrupamiento de personas que presenta, en el momento inicial, todas las características del aislado urbano. Más fácil, quizás, e indudablemente más frecuente que en las ciudades de mediana importancia y mucho más posible, fácil y frecuente que en pueblos o en aldeas, en donde han de aparecer numerosas especies de interdicciones que no aparecen en la gran aglomeración. Y hay modo de religar con este sistema de desaislamiento el de la madre de familia que lleva a pasear el jueves —día de cierre de las escuelas— a los niños de una casa o a los niños recogidos de un grupo de casas, fenómeno y comportamiento tan corrientes como los representados por el acompañamiento de los niños.

Las dos series de ocasiones de re-agrupamiento de "desaislamiento" que acabamos de examinar tienen, en conjunto, importancia para las mujeres, y hay muchas otras que se les presentarán a ellas, y especialmente a las mujeres